

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
OCTUBE 10 DE 2019**

**PALABRAS CON OCASIÓN DE HOMENAJE Y ENTREGA DE LA CRUZ SAN FRANCISCO
JAVIER A CLAUDIA DANGOND GIBSONE
“como reconocimiento a sus calidades humanas, valioso servicio y lealtad a la
Universidad**

Por: Claudia Dangond Gibsone

Es con inmensa emoción, y profunda humildad que recibo la distinción en este día tan especial para la Universidad, cuando celebramos los primeros 25 años de esta importante y querida Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, que tiene tanto que aportar a Colombia en términos de paz, reconciliación, comprensión del mundo, las relaciones de poder que se tejen, la construcción política del territorio, la política social, entre tantos otros temas fundamentales.

Padre Rector: Conozco bien las razones por las que la Universidad otorga e impone la Cruz San Francisco Javier: Dice el Reglamento de Emblemas, Símbolos y Distinciones que ella se confiere por *“haber sobresalido en el desempeño de las funciones, por las calidades humanas, la lealtad a la Institución y el esfuerzo por alcanzar un mayor nivel de excelencia”*.

Un reconocimiento de esta naturaleza, por estos motivos, no puede sino llenarme de orgullo y gratitud con esta Institución.

Mis lazos con la Universidad Javeriana son tan antiguos como yo misma. Creí en un hogar en el que siempre la Universidad y la comunidad Jesuita fueron referente. Siempre oí de mi padre y sus contertulios las historias maravillosas del Padre Granaditos, del Padre Pacho González, de quien decían, era recio y erudito; del rector Félix Restrepo, *“el más culto y brillante de los jesuitas de la época”* y por quien este Auditorio lleva su nombre; del Padre Emilio Arango (también Rector), luego del

Padre Uría y por supuesto del Padre Gabriel Giraldo, entre otros tantos jesuitas, todos educadores destacados. El ejemplo de mi mamá, una mujer inteligente, aguerrida, dedicada a sus hijas, luchadora, alegre y cómplice, complementó y terminó de forjar la idea de lo que yo quería ser.

Tal vez por eso, cuando llegó el momento de elegir carrera y Universidad, si bien pensé en varias profesiones antes que en derecho, nunca dudé de la Javeriana. Para mí, era lo natural. Jamás contemplé, ni me presenté más que a aquella institución de la que tenía tan gratos recuerdos (prestados y ajenos, pero al fin recuerdos). Sus protagonistas, aunque ya no estuvieran para ese momento, eran muy cercanos.

Cuando llegué finalmente al campus de la Universidad, lo hice primero buscando dilucidar qué carrera estudiar. Tenía claro que eran las humanidades. Tenía claro que quería serle útil a la sociedad colombiana. Me interesaba la vida nacional, la política, la comunicación; la filosofía me apasionaba. Me resistía un poco al derecho porque, aunque me atraía, temía que fuera una elección producto de la tradición familiar. Mi bisabuelo fue abogado, muy destacado, mi abuelo jurista de la Nacional, mi padre de la Javeriana. Todos ellos habían participado activamente en la vida política del país.

Durante mi último año de colegio tomé unos cursos libres de filosofía y asistí a algunas clases de Derecho en esta Universidad. Conversé con los estudiantes de comunicación social, conocí a los de Economía y otros tantos de las más diversas áreas del conocimiento. La carrera de Ciencia Política no existía para entonces en la Javeriana. Todo me gustaba cada vez más. Fue en ese momento cuando entendí que podía integrar los saberes para lograr mi sueño. Decidí que a través de las Ciencias Jurídicas iba a poder comprender, transformar y servir. Era la segunda mitad de los años 80. Una época en la que se vivía con temor. Enfrentando a nuestras debilitadas instituciones, estaban el narcotráfico, los carteles de la droga,

la violencia proveniente de los grupos al margen de la ley, y todo en un contexto de pobreza y subdesarrollo, como decíamos por aquél entonces. Las pocas voces que se alzaron contra ese flagelo fueron rápidamente apagadas, independientemente de su color político. En realidad, tener la oportunidad de estudiar, en la Javeriana, constituyó un privilegio. Fueron años maravillosos en medio de circunstancias muy difíciles para el país, en los que tuve la posibilidad y sentí la obligación de involucrarme, como estudiante, en los asuntos más problemáticos y de ser parte de las causas más nobles, siempre cobijada por la Universidad; siempre de la mano de esa comunidad de la que ya era parte y que, sin titubear nos ofreció los espacios y nos respaldó en el empeño de convocar a otros jóvenes de diferentes universidades de todo el país, para manifestarnos pacíficamente (como hoy lo hace también) pero con seriedad y compromiso, y así exigir las respuestas y soluciones que se iban dibujando mientras se agravaba la situación nacional e internacional, al tiempo que las agendas se iban transformando.

La Universidad y el contexto vivido sin duda marcaron y formaron mi carácter, mis convicciones y mi alma. La formación que me dio esta Universidad propició que cada día tuviera más preguntas y me impulsó a ser creativa en las respuestas y soluciones, siempre con la consigna del respeto por la autoridad, las instituciones, las formas y las tradiciones. Ciertamente, la manera en que entendía y leía los hechos de la vida social y política, nacional e internacional, se moldearon gracias a las enseñanzas de mis profesores, a los debates con mis compañeros, y sobre todo, gracias al espíritu Javeriano que año tras año iba inyectando en mi ser la necesidad de abordar los asuntos desde una perspectiva integral, interdisciplinaria, buscando siempre poner en el centro a la persona humana entendida en todas sus dimensiones y sin distinciones de ninguna naturaleza.

Para mí, ha sido un proceso que se viene produciendo de manera “lenta e imperceptible” como dice el código civil, cuando hablando de las formas de adquirir

lo que produce una cosa, define lo que es el “aluvión”: *“el aumento que recibe la ribera de un río por el lento e imperceptible retiro de las aguas”*.

Con esa formación y esa grandiosa experiencia como estudiante, emprendí el rumbo buscando poder ser útil, servir. Los primeros pasos de ese recorrido me llevaron a hacer parte de uno de los momentos más importantes de la historia reciente de nuestro país. Ese del cual se han derivado tantos cambios, que ha producido transformaciones positivas, pero también, hay que decirlo, del que se han derivado muchas de las turbulencias que hoy vivimos. Efectivamente, un día de esos en los que me encontraba pensando, *“¿a dónde más puedo presentar hojas de vida?”*!!! uno de mis profesores más queridos, aquél que se había ganado mi admiración y respeto profundo por sus enseñanzas en clase, por su manera de ser y en general por sus consejos, me llamó y me dijo: *“usted tiene que hacer parte de este proceso”*. Fue por un gran Javeriano, por quien puede ser parte muy activa en la Asamblea Nacional Constituyente en 1991. Eso me abrió las puertas y trazó el camino para seguir pensando y trabajando en lo público desde distintos frentes (fundamentalmente el jurídico, el político y el educativo).

Tan decisivo fue para mí, que años después, ya como profesora de estudiantes de diversas carreras en la Universidad, y luego en un ejercicio muy interesante en el que participaron todas las facultades, diseñé un modelo de simulación de la Constituyente que resultó muy atractivo y constructivo para la formación de los jóvenes.

Un par de años después, nuevamente fue mi maestro querido, el que, ya como Decano de Derecho, me invitó a vincularme a la Universidad, esta vez como profesora. Recuerdo bien sus palabras: *“La Universidad es un espacio del cual uno nunca se puede ni debe irse!. ¡Es una maravilla!”*. Pues bien, aquí estoy y aquí sigo doctor Juan Carlos Esguerra. Gracias por su invitación y por sus sabios consejos.

De hecho, en estos días que he estado haciendo memoria y trayendo tan gratos recuerdos, me vino uno, que no sé si mi mamá tenga presente. Ella siempre me dijo que mi vocación era la educación y el trabajo con niños y jóvenes. Es cierto. Desde muy chiquita imaginaba con ser profesora. Primero, armaba un salón de clase en el que los alumnos eran algunas muñecas que sentaba en pequeñas sillas mientras yo hablaba de algún tema de historia, o narraba los cuentos que mi papá o mi mamá me habían contado previamente.

Pero un día, tendría yo 10 años, recibí de regalo un pequeño tablero de tiza de tres patas. Pues con esepreciado bien, decidí organizar un salón de clase en el garaje de mi casa e invité, en varias ocasiones, a un niño al que siempre veía en un semáforo cuya parada era obligada para llegar a mi casa. El niño vendía dulces y flores, y mi mamá siempre le compraba algo mientras le conversaba. Algún día le dije que si quería estudiar. El asunto terminó en que él asistía, en calidad de alumno, a recibir clases de lectura y escritura. Siempre me llevó una flor en agradecimiento. El curso no duró mucho. Tal vez una o dos semanas, pero recuerdo la emoción que sentí cuando, a dos voces, finalmente pudimos leer de corrido algún pasaje de mis libros escolares. Desde entonces, siempre busqué poder sentir la misma emoción y satisfacción.

A la Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, hoy en manos de ese ser humano maravilloso que es el Padre Múnera, la conocí, primero como estudiante de la Maestría en Relaciones Internacionales, luego como profesora de planta. Posteriormente, mientras me desempeñaba como Directora de Posgrados de la Facultad de Ciencias Jurídica durante la brillante decanatura del Padre Luis Fernando Alvarez Londoño, tuve el honor de ser invitada por el Padre Remolina, entonces Rector, a prestar mis servicios en calidad de Decana. Las dos primeras etapas, bajo la dirección del Padre Sanín, fueron años de mucho aprendizaje y de continua formación, que me llevó a contemplar nuevas perspectivas y enfoques,

más académicos, y que requirieron un trabajo de campo diferente pero complementario. Allí también tuve grandes profesores: Pedro Valenzuela, el Dr. Losada, María Antonieta Pacheco, entre otros.

La segunda etapa, mi prolongado paso por la Decanatura, fue la oportunidad de adentrarme aún más en el ser de la Universidad, de la Javeriana y de la formación que ofrece e inspira a la Compañía de Jesús. Fue la época donde, a partir de un grado de enamoramiento profundo pero racional (lo cual es posible), sentí que podía servir siempre con el respaldo y la guía de mis jefes directos: El Dr. Jairo Cifuentes primero y luego el Padre Vicente Durán, a quienes tanto agradezco su generosidad y su confianza, así como al Padre Antonio José Sarmiento que me acompañó en iniciativas como la Fiesta del Vecindario y, desde el Medio Universitario, siempre estuvo presto, atento y dispuesto a soportar a la Facultad y a aconsejarme sabiamente en las situaciones más complejas que tuvimos que afrontar.

Fueron años maravillosos, donde estuve rodeada de un equipo de personas, (estudiantes, egresados, profesores y administrativos) cada una con su historia; valiosas, dedicadas y entregadas a la misión de la Universidad. Este reconocimiento que hoy recibo quiero compartirlo con cada una de ellas, las que están aquí y ahora y las que por alguna razón nos dejaron o no pueden acompañarnos, pero que fueron piedra angular de lo que es hoy, 25 años después de su creación, esta Facultad (me refiero al padre Javier Sanín, Athala Andrade, Andrés Franco, los esposos Pacheco, Edgar Vieira, Francisco Robles, Rosita, Consuelo Ahumada, Aleyda, Augusto Ramírez, entre otras tantas).

Son muchas y muy profundas las enseñanzas y los aprendizajes, personales y profesionales, que hasta hoy me deja mi paso por la Javeriana. Gracias al conocimiento de la obra de la Compañía de Jesús, a lo que la inspira, a la razón de ser de la Universidad Javeriana, estoy convencida que nuestro país tiene salidas a los grandes problemas que la aquejan; esa solución pasa inexorablemente por

trabajar en la educación, por ser persistente en la necesidad de formar en ciudadanía, por inculcar que el prójimo es igual, sin importar su condición socioeconómica, su credo religioso, su preferencia sexual o sus convicciones ideológicas; por recabar en la idea que, como personas y como ciudadanos, no sólo tenemos derechos sino también obligaciones; por enseñar, con el ejemplo, que las instituciones y el apego a la ética y a las normas, son necesarias si en verdad queremos que nuestro Estado sea social y de Derecho. Nada resulta tan satisfactorio y emocionante como saber que se ha contribuido a transformar la vida de otro ser humano a partir de la labor que implica ser maestro.

La Universidad también me ha dejado, no sólo la sensación y la certeza de pertenecer a una gran familia; me ha permitido comprender que las relaciones de hermandad se construyen y pueden ser tan o más fuertes que los lazos de sangre. Mis hermanos del alma, como María del Rosario, Maco Gutiérrez o Andrés Franco, lo son precisamente por las vivencias compartidas durante tantos años bajo el espíritu de solidaridad, tolerancia, lealtad y verdad, que nos ha imprimido la formación en esta Universidad. No es casualidad tampoco que el amor de mi vida, Juan Carlos, sea Javeriano, que su esencia corresponda también a los postulados de la Compañía de Jesús y que, como yo, profese tanta admiración y cariño a su obra.

Como si lo anterior fuera poco, estos valores también han llegado a ese ser que es mi tesoro más importante en la vida y mi gran Maestra: mi hija Laura; una persona de la que cada día aprendo más, de mí como ser humano, de los jóvenes de hoy, de sus inquietudes, fragilidades y fortalezas; una niña consciente de las necesidades de este país, que tiene la convicción profunda y fundada de que sólo a partir de disciplina, estudio, bondad y rectitud, vale la pena tomar posición e involucrarse en proyectos que resulten útiles a nuestra sociedad. Gracias Lauris por haber llegado a mi vida y por haberme acompañado en este recorrido, gracias

por entenderme, por apoyarme, por oírme, y por ser parte activa de mi presencia en la Javeriana.

Padre Rector, espero estar a la altura de este generoso reconocimiento que hoy me hace la Universidad. Sabe usted que siempre estaré dispuesta a servir en esta causa noble de la formación y la educación, y a promover la misión de la Javeriana desde donde me encuentre.

Muchas gracias